

A la crisis de los mercados de 2008 se unió el estallido de la burbuja inmobiliaria que produjo toda una serie de consecuencias económicas como la caída del precio de la vivienda o la escasez de crédito. Una década después empezamos a vislumbrar una segunda *crisis del ladrillo* que azotará toda Europa, especialmente en las ciudades donde la inflación del coste del alquiler, la aparición del alquiler de turismo vacacional, la insuficiencia de apartamentos disponibles, la gentrificación o el gran volumen de la nueva población llegada tras la anterior crisis en busca de trabajo se están posicionando como los principales factores para su aparición.

Los expertos pronostican el punto álgido de esta nueva crisis económica mundial en 2022, aunque iniciándose en 2020. Esta inestabilidad económica provocará un retroceso del estado social y un aumento de la marginalidad urbana (con todos los efectos antisolidarios que supone) o, lo que es lo mismo, la proliferación de lugares estigmatizados y estereotipados dentro de una metrópolis, caracterizados por edificios abandonados y otros a medio construir, aceras y carreteras en estado deplorable y una masificación o hacinamiento de personas destinadas a una situación sin mejora aparente. Constituye un modelo socioespacial excluyente que obliga a los ciudadanos a aceptar un exilio físico para posteriormente aceptar uno socioeconómico, y viceversa. De esta forma, la relación interdependiente existente entre la ciudadanía y el espacio urbano dentro de este enclave marginal será más *agresiva* a la acontecida en otros territorios más inclusivos. Reciben una *violencia* ejercida *desde arriba* marcada principalmente por la desidia y originada por una sucesión de transformaciones económicas y políticas. Es decir, el estado estético y funcional de los edificios determina no solo un estatus socioeconómico, sino también uno afectivo.

Un inacabado muro de ladrillos, una pintada en la pared, un terreno baldío lleno de basura o un agujero en el suelo acaban asumiendo la identidad no solo de un espacio sino también la de la comunidad que la habita. Sumamente interesante y preocupante a la vez es como un segmento de esa comunidad reivindica estos desperfectos como suyos, como parte de su propia identidad como personas, y rechazan el acondicionamiento de dichos desperfectos por miedo a que cambie también su situación personal. La mejora estética supone una subida del precio del alquiler sin que obviamente conlleve un aumento del salario y, por tanto, provoca que sus habitantes tengan que abandonar sus hogares en busca de otra zona más asequible y acorde a sus ingresos (espacios preparados para ser ocupados).

Estas acciones tan habituales en Europa en estos momentos están concibiendo un nomadismo dentro de las propias ciudades. Frente a lo que pasaba años atrás donde la población emigraba dentro del núcleo urbano hacia zonas con mejores infraestructuras provistas de todo lo necesario para alcanzar una buena calidad de vida (como fenómeno de aspiración), hoy en día una buena parte de la comunidad busca áreas marginadas donde conseguir el alquiler más bajo posible, es decir, la (auto)exclusión urbana como fenómeno de resistencia económica. Este hecho está tan asumido que su concepto de belleza se encuentra en la destrucción, no en la construcción.

¿Qué nivel de consumo puede sostener una ciudad como Palma?